

*San
Buenaventura
750 años
de su
Pascua
1574-2024*

CIOFS



Queridos hermanos y hermanas,
Fraternidades OFS y JUFRA

Paz y bien,

Es para nosotros una gran alegría poder compartir la celebración del Centenario de nuestro hermano San Buenaventura, este año celebramos los 750 años de su Pascua.

El Secretariado para la formación ha preparado un material de formación para compartir en nuestras fraternidades locales:

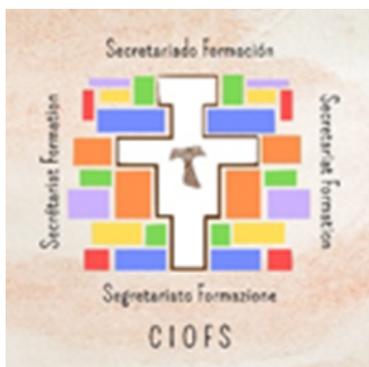
**“Hacia el encuentro con Buenaventura de Bagnoregio:
un itinerario hacia la sabiduría existencial”.**

Nuestros hermanos frailes menores nos han compartido un documento de reflexión para este año en el cual nos dicen: “... El aniversario setecientos cincuenta de la muerte del Doctor Seráfico, acaecida el 15 de julio de 1274, nos ofrece la oportunidad no sólo de recordar y celebrar el servicio que prestó a la Orden y a toda la Iglesia, sino también de volver a proponerlo como un don todavía válido para nuestra época...”

La hermana Valeria Pepino Minetti, OFS de Argentina ha preparado para nosotros este nuevo material para que podamos acercarnos a la vida de Buenaventura, a su camino y su legado, agradecemos su generosidad y su compartir fraterno.

Agradeceremos que cada fraternidad nacional anime esta propuesta de espacio de formación, que nos invita a profundizar nuestra espiritualidad franciscana, que han preparado esfuerzo y donación.

Sus hermanos y hermanas,



SECRETARIADO PARA LA FORMACIÓN CIOFS

Silvia Noemi Diana OFS
Eremenciana Chinyama OFS
Fr. Stefan Acatrinei OFM Conv
Alonso Acevedo OFS
Diane Frances Menditto OFS
Lucia Hidveghyova OFS
Mayara Ingrid Sousa Lima OFS

Junio 2024

Hacia el encuentro con Buenaventura de Bagnoregio: un itinerario hacia la sabiduría existencial.

Valeria Pepino Minetti, OFS
Fraternidad Fray Carlos de Dios Murias, Argentina

Inmersos en la vorágine de una era dominada por la técnica y el culto a la eficiencia, resulta cada vez más urgente rescatar voces que nos recuerden la profundidad y riqueza del ser humano, así como su vocación existencial que trasciende lo meramente utilitario. En este sentido, la figura de Buenaventura de Bagnoregio se yergue como un faro luminoso, invitándonos a emprender un itinerario hacia la verdadera sabiduría, ya que su propuesta filosófico-teológica y existencial constituye un valioso contrapunto a las tendencias deshumanizantes de nuestro tiempo, ofreciéndonos una visión esperanzadora del ser humano, en el complejo entramado de relaciones en el mundo y con aquello que lo trasciende.

La vida y obra de san Buenaventura brotan como una fuente inagotable de temas y enseñanzas que pueden iluminar profundamente nuestro anhelo de encarnar con radicalidad el carisma franciscano en los tiempos actuales. Sin embargo, abarcar en su totalidad los valiosos aportes que emergen de los escritos y la existencia de este insigne pensador sería una empresa inabarcable. Por ello, en estas páginas destacaremos sólo algunos aspectos de su riquísimo pensamiento, con la humilde intención de que esas pinceladas iniciales despierten en nosotros la inquietud por sumergirnos en un hondo itinerario formativo, espiritual, humano e intelectual que se despliega al transitar los senderos trazados por Buenaventura. Lo aquí presentado no son más que unas pinceladas iniciales de un inmenso y resplandeciente lienzo que aguarda ser contemplado y disfrutado en toda su riqueza.

Es preciso, para comprender cabalmente el legado de Buenaventura, situarlo en su contexto histórico y cultural. Por tanto, al contextualizar su vida, necesitamos reconocer su MIRADA, aproximarnos genuinamente a Buenaventura, trascendiendo los preconceptos de nuestro presente y evitando los sesgos que la Modernidad o el Renacimiento tuvieron sobre la Edad Media. Nos guiarán entonces estas preguntas: ¿Qué observa Buenaventura? ¿Dónde detiene su mirada? De hecho, para Buenaventura la vista era el sentido el sentido más importante, ya que por ella el hombre, en admirable hallazgo, percibe a Dios expresándose en el mundo.[1] Por consiguiente, al iniciar este recorrido, es imprescindible detenernos a VER, a MIRAR aquello que Buenaventura tenía ante sí, lo que vivía, las inquietudes de su entorno, los cuestionamientos de los pensadores de su época, las aspiraciones del pueblo, las búsquedas eclesiales, etcétera.

En relación a ello, consideramos de gran importancia la necesidad de transitar un itinerario formativo caracterizado por un MIRAR detenido, orientado a Buenaventura y hacia aquello que él mismo se orientó: A Dios y al mundo, a Francisco, a cada creatura, a cada hermano y al deseo bonaventuriano de una nueva vía, un nuevo camino enraizado en Francisco y Cristo que conduzca a la sabiduría experiencial, aquella que nos permita gustar profunda y concretamente del sabor de la Vida (con mayúsculas).

[1] Cf. Brev., II, 11, 2 (V, 229c); Itin ., cap. II, no. 4 (V, 301); In Eccl. c. I, q. 2 (VI, 16).

Estar orientados implica abrirnos, dejarnos afectar, es decir, abrir el afecto a la existencia y el legado de Buenaventura; admirarse y disponerse al encuentro con este hermano y pensador, y entrar en diálogo con él.

Giovanni Fidanza: Contexto biográfico e intelectual

Nacido en Bagnoregio, pequeña ciudad cercana a Orvieto, hacia 1217, con nombre de pila Giovanni Fidanza, su vida transcurrió en un contexto de profundos cambios sociales, económicos y religiosos: El surgimiento de las ciudades, el auge del comercio, el nacimiento de las órdenes mendicantes y la consolidación de las universidades fueron algunos de los hitos que marcaron su época. En este contexto, el movimiento franciscano fundado por Francisco de Asís, representó una renovación radical de la vida eclesial, promoviendo un retorno al Evangelio y una vida señalada por el *sin nada propio* y la fraternidad.

Residiendo como *puer oblat* en el convento de los hermanos de Bagnoregio entre 1225 y 1235, Buenaventura fue curado milagrosamente por intercesión de San Francisco de una enfermedad mortal, gracias a la devota intervención de su madre, María Ritello, episodio al cual sentirá siempre vinculada su vocación minorítica. Desde 1235 frecuenta como laico en París los estudios en la Facultad de Artes, en la cual destaca el ingreso del pensamiento aristotélico, lo que implicó una profunda renovación de los métodos y contenidos de la filosofía y la teología. En el año 1243, Buenaventura ingresaba en la Orden de Frailes Menores. La forma de vida profesada y vivida por su fundador, Francisco de Asís, hunde sus raíces en la *uita uere apostolica* de los movimientos laicales que comenzaron a formarse a mediados del siglo XI. Con la aprobación de la Regla de vida franciscana a principios del siglo XIII se institucionalizaron varias notas características de aquella vida apostólica, tales como la *paupertas* (no-propiedad) y la *fraternitas* (no-poder). Florece por entonces la pobreza de Francisco de Asís, que implica la fraternidad como el espacio que la vuelve posible. En profunda sintonía con la vivencia de Francisco de Asís, podemos apreciar que Buenaventura asume un modo específico de contemplar a Dios y de abrazar al hombre y toda creatura, del que brotará todo su sistema de pensamiento. Podría decirse que Francisco de Asís sentaría las bases de una armonía sobre la que Buenaventura compondría su bella melodía.

Hasta 1248, Buenaventura se dedica al estudio de la teología bajo la regencia de Alejandro de Hales († 1245), teniendo como maestros a Jean de la Rochelle († 1245), Eudes Rigaud y William of Middletown. En este contexto, Buenaventura se vio impelido a repensar las fuentes, los métodos y los fines de la disciplina teológica. Se desenvuelve entre 1248 y 1250 como Bachiller bíblico, y, desde 1250 a 1252, obtenido el grado de Bachiller sentenciarario, lee y comenta las Sentencias de Pedro Lombardo. En los dos semestres comprendidos entre 1252 y 1253, Buenaventura es Bachiller formado, y, como tal, lee, disputa y predica. A comienzos del año siguiente obtiene la Licencia con las *Quaestiones disputate de scientia Christi*. En 1254 se le confía la turbulenta regencia del *studium* franciscano en plena crisis universitaria, hasta que el 2 de enero de 1257 asume como de Ministro General de la Orden en el Capítulo extraordinario de *Ara Caeli* (Roma), como sucesor de Juan de Parma, que lo propone personalmente, en presencia del Papa Alejandro IV.

Desde entonces, la actividad de Buenaventura se desdobra en dos direcciones: ante todo, el gobierno de la Orden, a la cual buscará dar consistencia espiritual e institucional; en segundo lugar, los avatares de la cultura filosófica y teológica, suscitados, por el segundo ingreso de Aristóteles en Occidente, que obligó a redefinir las relaciones entre la inteligencia y la fe. Por los mismos años (1267), enfrenta nuevas polémicas levantadas contra las Órdenes Mendicantes, respondiendo a Gerardo de Abbeville con la Apología de los pobres, compuesta durante un descanso de sus numerosísimos viajes cumplidos como General (fue uno de los primeros ministros en recorrer casi toda la Orden a pie); y con las Quaestiones de perfectione evangelica enfrenta los ataques de Guillermo de Saint-Amour. Estas obras se convertirán en las fuentes principales de la autoconciencia franciscana.

Finalmente, Buenaventura se destaca como hombre de Iglesia: nombrado por Gregorio X en 1273 como cardenal obispo de Albano, gracias a lo cual pudo participar más que activamente en el Concilio ecuménico de Lyon, reunido en mayo del año siguiente. Allí morirá, en el curso de la cuarta sesión, el 15 de julio, habiendo gastado sus últimas energías en defender la validez de la vida religiosa mendicante contra los intentos de supresión por parte del Clero y en procurar la unidad de la Iglesia con los hermanos de Oriente.

La presente biografía da cuenta que Buenaventura no fue una figura periférica o marginal en su tiempo, sino que participó activamente en los acontecimientos históricos desde los diversos ámbitos de su incumbencia. Ante su vida y su obra nos encontramos, deseosos de apreciar toda su riqueza y hondura, sintiéndonos convocados por su voz a emprender un "itinerario" existencial franciscano y evangélico, en medio de los desafíos de nuestro tiempo.

**¿Conocías los detalles de la vida de san Buenaventura?
Nuestras biografías personales e itinerarios comunitarios ¿dan cuenta un
modo específico de contemplar a Dios y de abrazar al hombre y a cada
creatura en profunda sintonía con la vivencia y la espiritualidad de Francisco
de Asís?**

**La búsqueda de una ciencia que responda al profundo deseo humano: la vía de
Buenaventura de Bagnoregio.**

El pensamiento bonaventuriano se erige como un fecundo punto de integración y penetración de las diversas ideas y sentimientos que surgieron en la segunda mitad del siglo XIII. En sus escritos, san Buenaventura expresa la inseparable unidad entre inspiración, pensamiento y acción, fruto de su multifacética labor como estudiante, maestro universitario, ministro general de la Orden y figura clave en la política eclesiástica de su época. Buenaventura no se limita a exponer las doctrinas vigentes, sino que las reelabora según su propio universo mental y su experiencia cristiana y franciscana, convencido de la necesidad de repensar el papel de la teología como un servicio precioso y esencial para los hombres de su tiempo, en apertura constante a la vida. Así, en cada uno de sus escritos, demuestra su inquietud por afrontar bien y dar solución a los problemas de la existencia humana.

La vía bonaventuriana explicita su deseo profundo de buscar e indicar, filosófica y teológicamente, el modo a través del cual somos partícipes de un universo esencialmente expresivo. De hecho, este universo es una expresión de la obra de la revelación progresiva de Dios hasta la máxima exteriorización que tuvo lugar en la Encarnación. Buenaventura está profundamente convencido de que este “camino nuevo” que intenta explicitar en cada uno de sus escritos es capaz de vencer las distancias entre el hombre y Dios, por ello no oculta su intención de fundar una teología existencial, cuyo destinatario no sea solamente el hombre de la universidad, sino, el hombre de su sociedad inmerso en una profunda crisis de conciencia y búsqueda de autenticidad humana y evangélica.

En efecto, la ciencia más completa para el hombre que Buenaventura busca y lleva a cabo, es identificada por él con la sabiduría, en cuanto alcanza la plena eficacia existencial, porque no disocia fe, razón y vida, ya que la inteligencia de la fe despierta el amor y el amor impulsa a obrar en coherencia con lo que se cree. El Doctor Seráfico subraya que en el ser humano, la sabiduría comprende tanto el aspecto cognitivo, como punto de partida, y el afectivo, que mira a la unión con Dios y los hermanos.[2] La búsqueda de dicha sabiduría por parte del hombre, se realiza con todas sus facultades, ya que debe conducir la mente hacia la contemplación del Amor, motivando el afecto para decidirse por una praxis consecuente.

En analogía con el arte, en el que la realización de una obra involucra la intervención de la potencia, la inteligencia y la voluntad del artesano;[3]del mismo modo la teología como ciencia de la sabiduría no consiste solamente en un proceso abstractivo exterior, sino que implica al sujeto y su interioridad. A través del “arte teológico”, la persona muestra su interioridad, su sentir y su pensar, siendo creatura expresiva que comunica aquello en lo que ha creído existencialmente e intenta comprender. De este modo, el quehacer de la sabiduría buscada por Buenaventura es el lenguaje expresivo por el que se plasma “lo creído”, “lo amado” y “lo conocido”: Él hace filosofía y teología no sólo para iluminar el intelecto, sino, para inflamar el corazón.[4]

En este sentido, la búsqueda de esta sabiduría experiencial es el arte que no sólo transforma el “objeto” abordado, sino que también transforma al mismo artífice y a sus destinatarios: es el arte del conocimiento que da sabor a la vida que transforma a quien se detiene a contemplar al que es la Bondad y Belleza, y se deja atraer por Él.

Estas consideraciones nos impulsan a hacer realidad, desde nuestra identidad de seglares franciscanos, una vivencia integral de la sabiduría a la que Buenaventura refiere, en un camino continuamente renovado de conversión y de formación; atentos a las interpelaciones que llegan de la sociedad y .de la realidad eclesial, pasando del Evangelio a la vida y de la vida al Evangelio; en la dimensión personal y comunitaria de este itinerario (CCGG. 8), dejándonos transformar por Dios, Artista divino creador. .

[2] Cf. In III Sent., d. 35, au, q. 1 concl . (III, 774)

[3] Cf. ; I Sent., d. 1, a. 1, q. 1, ad op. 4 (I, 31); In Hex., col. V, n. 13 (V, 356).

[4]Cf, Itin., prol. 5.

¿De qué modo podemos cultivar en nuestros espacios, personales y comunitarios, la búsqueda de una sabiduría experiencial que conduzca nuestra mente hacia la contemplación del Amor, motivando el afecto para decidirnos por una praxis consecuente?

La consideración bonaventuriana del mundo como expressio de Dios.

En el comentario al Eclesiastés, san Buenaventura describe: Toda criatura es palabra divina, porque dice a Dios.[5] Según este texto de nuestro autor, cada criatura es definida como palabra que expresa a Dios, por ello el mundo es concebido como un libro abierto, en el que todos los seres son las palabras que lo componen. El decir-creador de Dios se manifiesta como un hablar exterior y consiste en producir un efecto, en el cual Dios dice/produce la criatura en la que él mismo se manifiesta: La criatura sale del Creador no por naturaleza, porque es de distinta naturaleza; sino por arte, es decir, por voluntad. Y ese arte libre de Dios no está fuera de él, porque obra por arte y queriendo.[6]

El universo constituye un lenguaje profundamente significativo, el hacer de Dios se nos revela como lenguaje expresivo de sí mismo. Del mismo modo en que un artista se expresa a sí mismo en su obra de arte, Buenaventura considera a Dios como Artista Divino y a la creación como la obra de arte en la que se expresa: Dios creó el mundo para darse a conocer a sí mismo.[7]

La creación se comprende entonces como una inmensa declaración divina, una invitación al diálogo amistoso que Dios desea mantener con el hombre, su interlocutor: El cosmos invita al hombre a leer en él a la Trinidad creadora.[8] En la belleza del mundo se nos ofrece el espacio de encuentro con la belleza expresiva de Dios Trino. Cada criatura, entendida como palabra, es una expresión única del Creador. En las criaturas del mundo y por ellas, el hombre es capaz de "leer" a Dios, que se dice a sí mismo, y de este modo es conducido como por un espejo y un vestigio a amar a Dios, su hacedor.[9]

Esta comprensión bonaventuriana del mundo como expresión de Dios suscita profundos desafíos y nos impulsa a una vivencia auténtica de fraternidad con cada criatura, ya que reclama una mirada profundamente contemplativa y de asombro ante la creación, viendo a cada ser como un acto expresivo, como una "palabra divina" que manifiesta la belleza, sabiduría y bondad del Hacedor; Todo ello insta al seglar franciscano a promover activamente iniciativas para la salvaguarda de la creación, inspirada en la persona y en el mensaje de San Francisco de Asís, en vistas a establecer una civilización en la que la dignidad de la persona humana, la corresponsabilidad y el amor sean realidades vivas... Profundizando en los verdaderos fundamentos de la fraternidad universal y creando en todas partes espíritu de acogida y una atmósfera de hermandad, rechazando con firmeza toda forma de explotación, de discriminación, de marginación y toda actitud de indiferencia hacia los demás (CC.GG. 18)

[5] In Eccl. c. I, q. 2 (VI, 16), mi traducción.

[6] In Hex., col. XII, nn. 3-4 (V, 385).

[7] Brev., II, 11 (V, 229a).

[8] Cf. In I Sent., d. 3, p. 1, q. 2 (I, 71-73), Brev. II, 12 (V, 230).

[9] Brev., II, 11, 2 (V, 229^a)

¿Reconocemos la expresión única e irrepetible del Artista Divino en cada creatura, en cada hermano/a de fraternidad, en cada persona con la que compartimos cotidianamente la vida? ¿Estamos atentos a Dios que se nos dice a sí mismo a través de ellos?

Francisco de Asís, la contemplación se hace canto: el Cántico de las Criaturas desde la mirada bonaventuriana.

Al comienzo afirmábamos que la categoría del “sin nada propio” posibilita y, a la vez, es resultado de la vivencia fraterna que en Francisco se extiende a toda creatura. Su discípulo, Buenaventura, dirá de él: Lleno de la mayor ternura, al considerar el origen común de todas las cosas, daba a todas las criaturas, por más despreciables que parecieran, el dulce nombre de hermanas, pues sabía que todas ellas tenían con él un mismo principio.[10]

En este marco, Buenaventura reconoce el Cántico de Hermano Sol[11] como la expresión que brota del encuentro de Francisco con toda creatura como obra y manifestación del Artista Creador, huella en la que descubre y reconoce a Dios, experiencia gozosa de la Belleza expresada en sus obras. A partir del “acontecimiento Francisco” y de su Cántico, el mundo es para Buenaventura lenguaje significativo que expresa a Dios, y cada ser es una palabra por la que Dios se dice. [12]

Mirando a Francisco, Buenaventura, reconoce al Artista Creador que ha hecho el universo como expresión de su infinita belleza y bondad, ofreciendo así al hombre el camino por el que pueda conocerle y amarle. El Cántico de Francisco manifiesta el modo en que percibe y saborea esta belleza y bondad originarias del Creador en cada una de sus obras.[13] Es por ello que Francisco no necesita “salirse” del mundo para “llegar” a Dios, por el contrario, es sumergido en este mundo donde lo encuentra y alaba; es el mundo su claustro, su morada, su lugar de encuentro con Dios.[14] Es precisamente en este “libro” donde encuentra las palabras (criaturas) con las cuales alabar al Creador: Mas para que todas las criaturas le impulsaran al amor divino, exultaba de gozo en cada una de las obras de las manos del Señor (Sal 91, 5) y por el alegre espectáculo de la creación se elevaba hasta la razón y causa vivificante de todos los seres. En las cosas bellas contemplaba al que es sumamente hermoso, y, mediante las huellas impresas en las criaturas, buscaba por doquier a su Amado. [15]

[10] LM, VIII, 6.

[11] Para una lectura del Cántico remito a Francisco de Asís. (2013). Escritos, biografías, documentos de la época (ed. Preparada por Guerra J. A.). Madrid, España: B.A.C.

[12] Cf. In Eccl. c. I, q. 2 (VI, 16).

[13] LM 9,1

[14] SC 63, 951

[15] LM 9,1.

Francisco manifiesta una actitud estética a través de una existencia que expresa la certeza de la presencia de Dios en el mundo como Amor, sumo Bien y Belleza.. Experimenta la vida con gratitud, expresión de ese hombre capaz de habitar en el mundo como en su hogar entrañable y familiar, y manifiesta esa contemplación en un canto donde toda la naturaleza se reviste de gran esplendor para resaltar la gloria y el honor del “Altísimo, Omnipotente y Buen Señor”. Desde ese sentimiento de fraternidad y acogida, Francisco celebra la existencia, encendido en amor y alabanza al Hacedor del universo, mediante las huellas impresas en las criaturas, buscaba por doquier a su Amado.[16]

En el Cántico, Francisco parece recuperar la visión originaria de la humanidad, de la que Buenaventura hace referencia en el Breviloquium, en la que el hombre fue creado capaz de "leer" espontáneamente a Dios que se dice a sí mismo en las criaturas del mundo.[17] En relación a ello, el mismo Papa Francisco interpreta en su encíclica Laudato Si la armonía que vivía Francisco de Asís con todas las criaturas como una sanación de aquella ruptura causada por el pecado original que impidió al hombre la lectura espontánea de Dios en el mundo.[18] Decía Buenaventura en la Leyenda Mayor que, por la reconciliación universal con todas las criaturas, de algún modo Francisco retornaba al estado de inocencia primitiva.[19]

Francisco de Asís ha experimentado al “generoso Dador de todo bien”. [20] Las criaturas le manifiestan la gloria-belleza que el bon Signore ha inscrito en ellas, y es esta contemplación la que expresa en el Cántico, como obra de arte que manifiesta su experiencia vital del encuentro con el Creador en el encuentro con cada criatura. En Francisco parece encarnarse aquello a lo que Buenaventura refiere en su Itinerarium: Resulta iluminado con tantos esplendores de las criaturas, despierta ante tantos clamores, alaba a Dios por todos sus efectos, y advierte al Primer Principio frente a tantos indicios. Abiertos sus ojos, acercados sus oídos, desplegados sus labios y excitado su corazón, es capaz de ver, oír, alabar, amar y reverenciar, ensalzar y honrar al Artista Creador en todas las criaturas.[21]

La experiencia contemplativa y fraterna que Buenaventura reconoce reflejada en el Cántico de las Criaturas de Francisco nos ofrece una enseñanza profunda y necesaria para nuestros tiempos. En un mundo cada vez más centrado en el consumismo y la explotación desmedida de los recursos, nuestra vocación franciscana nos recuerda la importancia de recuperar una relación armónica y respetuosa con la creación desde el espíritu de las «Bienaventuranzas», esforzándonos en purificar el corazón de toda tendencia y deseo de posesión y de dominio, como «peregrinos y forasteros» en el camino hacia la casa del Padre (Regla OFS 11). Siguiendo el ejemplo de San Francisco, Patrón de los ecologistas, promover activamente iniciativas para la salvaguarda de la creación, esforzándonos para crear condiciones de vida y ambiente, que no sean una amenaza para el hombre (CC.GG. 18).

[16] LM IX, 1.

[17] Cf. Brev., II, 11, 2 (V, 229^a);

[18] LS 66.

[19] LM, VIII, 1.

[20] LM, VII, 1.

[21] Cf. Itin ., c. I, no. 15 (V, 299)

¿De qué manera podemos cultivar en nuestras vidas una profunda mirada contemplativa y aquella actitud estética que Buenaventura bien reconoce en Francisco quien, ante cada creatura y en admirable hallazgo, percibe a Dios expresándose en el mundo?

Deseo profundamente que, de la mano de Buenaventura, transitemos este itinerario existencial de sabiduría experiencial, con la mirada detenida en Dios Artista Creador, en Cristo como aquella imagen en la Dios se inspiró al crearnos, en Francisco como la posibilidad ineludible de la sanación de la armonía originaria, en el mundo, en cada creatura y en cada hermano como palabras únicas e irrepitibles por las que Dios se nos dice momento a momento.

